

# EDUCAR PARA LA PAZ: EDUCAR PARA LA ENSOÑACIÓN

**John Freddy Galindo Córdoba**

Licenciado en Español y Literatura  
Poeta y narrador adscrito a Red Relata, Red de Escritura Creativa  
johngalindoc@gmail.com

La paz es una bandera que debe agitarse en medio de la tormenta. La paz es una palabra corta pero un largo camino que debe ser recorrido desde el respeto y la tolerancia, desde el amor por la naturaleza y por el otro. Educar para la paz, es entonces un reto grande, una labor silenciosa en la que todos deben estar comprometidos. Cuando se habla de educación para la paz se esgrime una idea que debe ir más allá de la academia, que debe materializarse en la crítica constante de la realidad, en la sublimación de todo rencor, pero también en la exaltación de todo inconformismo; porque La Paz no es solo la ausencia de la guerra, es el rechazo a la sumisión, a la obediencia impuesta, al autoritarismo. La paz no puede existir en medio del hambre, de la explotación, de las condiciones indignas que el actual sistema profesa y defiende. Desafortunadamente, es desde la academia, que la desigualdad y las relaciones de poder se imponen: se educa para engranarse, para alinearse y alienarse, pero nunca para abrir los ojos y aportar desde nuestras individualidades al cambio que el presente exige.

La paz para la que se debe educar es la que persiga la justicia, la reafirmación de la vida en medio de condiciones dignas, en un ambiente de bienestar, diálogo, tolerancia, respeto e igualdad. Educar desde las aulas, es una experiencia que pasa por la otredad y por el reconocimiento de las experiencias individuales. Ser el uno y ser el otro, aceptar que desde la diferencia y desde su afirmación pueden construirse las bases de una nueva sociedad. Educar para la paz es educar para esa violenta guerra interior a la que todos están destinados, esa que nos hará ser sujetos capaces de entender la realidad, de sopesarla; esa guerra interna que de seguro

nos hará salir airosos y entender de una buena vez que la realidad es otra muy distinta a la que vemos a diario por televisión.

Por otra parte, la palabra educación encierra también cierta condición de desprecio por lo que el otro sabe; pero que se transforma positivamente cuando se orienta la búsqueda personal y el desarrollo colectivo. Es posible hablar de una educación para la paz cuando se busca que cada estudiante sea más que un número y se convierta en una persona integrada, responsable, crítica y madura, comprometida con su pueblo y con la sociedad y capaz de colaborar en la creación de un mundo justo. Objetivos claros para edificar entre todos un nuevo modelo social, más justo e incluyente; objetivos que, definitivamente, no se conseguirán si se imparten doctrinas desde la escuela. La educación para la paz debe poner en tela de juicio el proceso educativo y su metodología, sencillamente porque la educación no puede permanecer al margen de los grandes problemas que amenazan y destruyen diariamente la vida a nuestro alrededor, en todas sus formas.

Las aulas son campos de batalla contra la ignorancia; por ello, una educación para la paz debe aspirar a que, desde la infancia, los hombres y mujeres puedan discernir las injusticias que les rodean e incidir en su transformación, desde la participación, desde la justa resolución de conflictos. El orden mundial y la espantosa ecuación que ordena al mundo, no son el resultado de lo que dictaminan unos cuantos, son producto de la obediencia de una inmensa mayoría educada para obedecer. Una formación en la obediencia elimina la capacidad crítica y elimina en el individuo la capacidad para tomar decisiones propias que favorezcan



el autoritarismo. Una educación para la paz, por el contrario, ha de ser una educación para la rebeldía, para la ensoñación.

En conclusión, educar para la paz significa privilegiar al individuo y su papel transformador, disponer de una pedagogía activa y renovadora, educar para el cambio y desde el cambio; de esta forma, es necesario que la totalidad de la práctica educativa se fundamente en el respeto por las ideas y puntos de vista del otro, que se incluyan prácticas sociales solidarias y afectivas, que se construyan desde la academia buenos climas comunicativos y nuevas metodologías desde la investigación, desde la acción, que se dé más importancia al arte, a la sensibilidad, que se alejen los conceptos mercantilistas y excluyentes que hacen de la educación un sofisma. Para ello es necesario que los niños y niñas sean los verdaderos protagonistas del proceso educativo, que sean ellos quienes construyan desde su realidad y su experiencia, desde sus presaberes y sus sentimientos.

Desde mi experiencia docente, puedo decir, sin temor a equivocarme, que sólo quien cul-

tiva las pasiones y deja fluir sus iniciativas, sus inquietudes, sus gustos, sus temores, puede llegar a abrir los ojos a la realidad y desnudarla, transformarla desde su cotidianidad. En este sentido los docentes somos acompañantes de este descubrimiento del que aprendemos tanto como nuestros estudiantes. Sin temor a equivocarme, puedo decir también, que no se equivocaba Martí al afirmar que un pueblo de hombres educados será siempre un pueblo de hombres libres y que la educación es el único medio de salvarnos de la esclavitud.

